

Las últimas palabras de David

2 Samuel 22 - 23:7

John Nelson DARBY

biblicom.org

Índice

1 - David y las lecciones de sus pruebas	3
2 - Las lecciones de las pruebas para los creyentes	3
3 - Los peligros que conllevan las bendiciones y las victorias	4
4 - Las últimas palabras de David	4
5 - El fin del hombre, y el comienzo de Dios	5
6 - La conciencia del poder de Dios	6
7 - El reposo del corazón de David en la fidelidad de Dios	7
8 - La necesidad de ser conscientes de nuestra debilidad	8
9 - Siempre depender del poder de Dios	8
10 - Buscar la gloria de Dios	9
11 - Cuando se instala la voluntad propia, se producen graves consecuencias	10
12 - La necesidad de la humildad y de rebajarse	11
13 - El sentimiento de David de la ruine de su hogar	11
14 - Tristeza y humillación a causa de la ruina del testimonio	11
15 - La dichosa esperanza: La venida del Señor	12
16 - El Hijo del hombre, el centro de toda bendición	13
17 - No buscar bendiciones en esta tierra	14
18 - Este es su centro, su esfera y su reposo: La gloria de Jesús	15

1 - David y las lecciones de sus pruebas

Hay un contraste notable entre los 2 cánticos de estos capítulos: el cántico de David después de haber acabado con sus enemigos (es decir, después de sus pruebas con Saúl), y el cántico de David después de haber acabado consigo mismo; aquí reunidos por el Espíritu de Dios.

Al final de sus pruebas, mientras recuerda a sus enemigos, canta con gozo y triunfo: todo es exaltación. Después de su experiencia de bendición, dice: «No es así mi casa para con Dios» (23:5). El final de todo el dolor y la prueba con Saúl es gozo, exaltación y fuerza. «Me rodearon ondas de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon; tendieron sobre mí lazos de muerte» (22:5-6); sin embargo, el resultado de todo lo que ha pasado, en un ejercicio profundo y amargo del alma, es el triunfo, la acción de gracias y la alabanza en un primer momento, cuando cuenta la liberación de Dios; mientras que, en un segundo momento, el resultado del lugar de honor, de la bendición y del triunfo, es un dolor más profundo y más amargo: la confesión: «¡No es así mi casa para con Dios!». No es que no tuviera nada que sostuviera su corazón a pesar de todo, pues añade: «Sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado». Por eso esperó hasta la «mañana sin nubes» (23:4). Pero el final de toda su bendición aquí es: «No es así mi casa para con Dios». Este contraste hace que las dificultades sean valiosas y frena todo deseo de salir de ellas.

2 - Las lecciones de las pruebas para los creyentes

Lo mismo nos ocurre a nosotros. Debemos protegernos contra los efectos del éxito; la presión de las circunstancias que me mantienen en la humillación solo produce gozo y alabanza al experimentar la bondad de Dios; el efecto de las circunstancias que me elevan es la tristeza. Cuántas veces un santo, cuando se encontraba en la prueba y en la debilidad consciente, se ha arrojado a los brazos del Señor, le ha implorado y, como siervo fiel, ha sido sostenido, ha recibido bendiciones y ha adquirido influencia, una influencia también divina; pero cuántas veces, satisfecho con la bendición y la influencia así adquiridas y perdiendo el sentido de su debilidad, se detuvo repentinamente en su carrera, fue detenido en el punto de influencia alcanzado y se volvió relativamente inútil en la Iglesia de Dios. Esto debería incitarnos a desear sufrir como Jesús. El camino de la gracia consiste, como para él, en acercarse

cada vez más al Padre, pero sin obtener nada en la tierra.

En estos capítulos se nos presentan 3 cosas: una de ellas tiene por objeto darnos una advertencia solemne: *en primer lugar*, el resultado de las pruebas de David a manos de Saúl. *Luego*, cuando subió al trono, la consecuencia de su entorno de todas las bendiciones terrenales. Y, *en tercer lugar*, el gozo final del «dulce cantor de Israel», en previsión de la «mañana sin nubes».

3 - Los peligros que conllevan las bendiciones y las victorias

Mientras el corazón recibe la advertencia contra los efectos del éxito, o de cualquier bendición presente, ¿buscamos y descansamos en la bendición plena, distinta y perfecta, que será en el día en que venga el Señor Jesús? Vemos aquí cómo el Espíritu de Cristo reúne la historia de Israel en Cristo como centro y hace, del harpa de David, el instrumento en el que debe ser tocada. Quizás no haya nada más interesante que ver cómo Dios retoma la historia de David en los Salmos, escribiendo, por así decirlo, en las tablas del corazón de David la historia del Señor Jesús.

En el primer cántico hay una notable alusión a toda la historia de Israel, a las relaciones de Dios con ellos, cuya fuerza moral David sentía en sí mismo. Tenemos una maravillosa variedad de circunstancias, pasadas, presentes y futuras, que reúnen toda la historia de David y sus triunfos; revelando la simpatía de Cristo por el corazón de David en el dolor, hasta que se convirtió en el jefe de los paganos, con su propio pueblo bendecido bajo él.

4 - Las últimas palabras de David

En el capítulo 23 encontramos «las palabras postreras de David» (v. 1). Y aquí aprendemos dónde se posaron su mirada y su corazón, en medio de la conciencia de su propio fracaso y el de su casa. Buscaba la «mañana sin nubes», Aquel que debía reinar sobre los hombres en el temor del Señor, que debía construir la Casa de Dios y en quien debía manifestarse la gloria. También para esos hombres de Belial debe venir un hombre con la severidad del juicio para apartarlos; entonces «serán todos ellos, como espinas, arrancados» (v. 6). Hay una profunda conciencia de toda la rui-

na, pero también el efecto de la mañana que viene a brillar. El efecto de la venida del Hijo de David en el corazón de David, y el fracaso de todo lo que le rodea, le llevan a tender su espíritu hacia el triunfo completo de ese día en que todo debería estar lleno de bendición.

Así, en los 2 capítulos, tenemos el despliegue de la simpatía de Cristo con el corazón de David, reuniendo todos los dolores de la historia de Israel; y también el corazón de David descansando en la conciencia de lo que sería la «mañana sin nubes». Debemos buscar así obtener el poder del Espíritu en la simpatía de Cristo y, al mismo tiempo, alcanzar la esperanza que el Espíritu de Dios pone ante nosotros, como por el camino que hay que seguir para llegar a la comunión de los sufrimientos de Cristo.

5 - El fin del hombre, y el comienzo de Dios

Recorramos ahora un poco lo que fue David hasta el momento de este éxito. Siempre es precisamente lo que parece desesperado a los ojos del hombre lo que Dios toma en sus manos. Mirad a Sara, Rebeca, Zacarías y Elisabet, y lo mismo ocurre aquí con David. En él había todo lo contrario a los pensamientos de la carne. Compárenlo con Saúl. Saúl era el más bello de Israel, más alto que todos en una cabeza; «de hombros hacia arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo» (vean [1 Sam. 9:2; 10:23](#)), la fuerza en la carne. Pero todo eso pasó, ¡y es el «que apacienta las ovejas» el elegido! ([1 Sam. 16:11](#)). Saúl es infiel, es rechazado de la sucesión al trono, y entonces Dios pone sus ojos en David.

Samuel, por el Espíritu de profecía ([1 Sam. 16](#)), se dirige a Belén para elegir entre los hijos de Isaí al que sucederá a Saúl. Los hace pasar ante él. Entran 7. Samuel pregunta: «¿Son estos todos tus hijos?». «Queda aún el menor», un muchacho que apacienta las ovejas. «Envía por él». David llega y es designado por el Espíritu de profecía como el ungido de Jehová. Todo lo que es grande a los ojos de Isaí pasa desapercibido; los 7 eran hombres agradables, pero es el muchacho que apacienta las ovejas, el octavo, el más débil, el preferido y elegido.

A partir de ese momento, el Espíritu de Dios se apartó de Saúl y un espíritu maligno se apoderó de él. David fue llevado a su compañía como alguien que sabía tocar el arpa. Aquí lo encontramos sin importancia, de modo que más tarde, cuando mata al gigante Goliat, cuando Saúl pregunta a Abner «¿De quién es hijo ese joven?»,

Abner responde: «No lo sé» (1 Sam. 17:55-56). Sus hermanos también le preguntan: «A quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto» (17:28).

6 - La conciencia del poder de Dios

Pero ¿qué rasgos de carácter encontramos en David? Una profunda conciencia del poder de Dios y el olvido de sí mismo en todas las dificultades que se presentan en el camino del deber. Cuida las ovejas de su padre: un león y un oso vienen a llevarse un cordero del rebaño. Es su trabajo cuidar las ovejas, y se lanza inmediatamente sobre el león y el oso, y los mata. Estas enérgicas tareas se hacen con una simple referencia al deber: las dificultades son, por tanto, insignificantes.

Aquí vemos la fe en acción. La fe reconoce a Dios y el deber hacia Dios; y entonces, la cosa se da por sentada. Pon a un niño a levantar una piedra y le costará un gran esfuerzo; pon a un hombre fuerte y la cosa se hace fácilmente. La fe realiza la fuerza de Dios sin confiar en sí misma, y así hace lo que se presenta en el camino, sin pensar en ello. Aquí, en el camino del deber, David toma conciencia de la fuerza de Dios a su lado, que podrá utilizar después de la prueba. El secreto de la fuerza, así aprendido en el retiro, le prepara para lo que el Señor ha previsto para él en el futuro. La bendición siguió acompañando la carrera de Saúl; leemos: «Dondequiera que se volvía, era vencedor» (vean 1 Sam. 14:47). Aunque era malo, buscaba su propio interés y fue rechazado de la realeza, había una bendición para Israel a través de él. Pero Jehová había puesto en secreto su mirada en David.

Los filisteos se reúnen para luchar contra Israel (cap. 17). David sube al campamento, enviado por su padre, con provisiones para sus hermanos, donde oye a Goliat desafiar a Israel. Habiendo aprendido en la sencillez del camino del deber con el Dios de Israel, cuando ningún ojo lo miraba, que Él era un Dios fiel, ahora que viene a ver al pueblo de Dios, y a Goliat contra ellos, se sorprende al encontrarlos a todos asustados, y pregunta: «¿Quién es este filisteo incircunciso, para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?» (17:26). Pues bien, es un filisteo incircunciso, ¡y desafía a los ejércitos del Dios vivo! Su hermano le atribuye malas intenciones por haber venido al campamento; pero hay en él tal sencillez de corazón para reconocer a Dios, que el camino del deber es recto y poderoso. Ya sea como pastor, cuyo trabajo consistía en cuidar las ovejas, si venía el león, lo agarraba por la barba y lo mataba, o al oso de la misma manera, lo mataba, sin ostentación y sin jactarse; era simplemente una cuestión de deber, y no se habla de ello mientras no haya

una ocasión necesaria para hacerlo; o, si es después, este filisteo incircunciso, es lo mismo, «será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente» (17:36). Avanza con la energía de la fe; no se vuelve hacia Israel en busca de ayuda; rechaza la armadura que le ofrece Saúl; no piensa en la lanza como en un telar. ¿Se atreverá este filisteo incircunciso a desafiar al Dios de Israel? Esa es la pregunta; y él dice: «Jehová te entregará hoy en mi mano» (v. 46). Su corazón está vuelto hacia Israel, retoma la relación de Dios con Israel. Aunque el ejercicio de la fe depende de un solo individuo, «de Jehová es la batalla» (v. 47); él identifica la gloria de Dios con Israel, y entonces el filisteo incircunciso no puede tener ningún poder. Con una honda y una piedra del arroyo, destruye al filisteo y le corta la cabeza con su propia espada; como se dice de Jesús, que destruyó por medio de la muerte al que tenía el poder de la muerte, por medio del arma misma de aquel que tenía el poder.

7 - El reposo del corazón de David en la fidelidad de Dios

Su corazón descansaba en la fidelidad del Dios de los santos. Este era el secreto de su fuerza, que había aprendido por sí mismo y en el que podía confiar en todas las circunstancias. Y este es siempre el carácter de la fe. La fe, cuando actúa, hace entrar a Dios, hace de Dios todo y de las circunstancias nada. Ya sea el león y el oso, o el filisteo incircunciso, es lo mismo. El secreto de la fuerza de Dios, aprendido cuando se está solo, es aquel por el cual la fe considera todas las circunstancias como idénticas, haciendo de Dios la gran circunstancia que gobierna todo lo demás.

Después de esto, comienzan a cantar: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles», «Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho» (18:7-8). Saúl miró a David desde ese día en adelante. Posteriormente, encontramos en el personaje de David, cuando se encuentra en medio de poderosos enemigos, la conciencia de su debilidad y su fragilidad, y la ausencia de cualquier pensamiento de vengarse de Saúl. Nunca da un solo paso sin consultar a Dios, excepto en un caso; y entonces es castigado por ello. Todo está en su contra: es consciente de estar rodeado de enemigos astutos y de estar en conflicto con un poder que no puede ignorar. Saúl busca matarlo (cap. 18:10-11), pero él no tiene derecho a ignorar el poder de Saúl [1]. El enemigo no puede ser eliminado y, por lo tanto, se ve obligado a recurrir a Jehová para que lo guíe en cada paso que da.

[1] Era un poder legítimo, porque Dios lo había establecido; pero no se hacía un buen uso de él.

8 - La necesidad de ser conscientes de nuestra debilidad

Lo mismo ocurre con los santos. Y eso es exactamente lo que necesitan ahora: la conciencia de estar en conflicto con un poder que no pueden ignorar; y el sentimiento de su propia debilidad absoluta, de modo que se ven obligados a recurrir directamente a Dios en todas las circunstancias, a depender de él en cada paso. Finalmente, Saúl lo expulsa sin miramientos: se muestra totalmente hostil y lo rechaza. Todo esto es necesario para el ejercicio de su fe, y así se entrena para esperar al Señor: «En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios» (2 Sam. 22:7; Sal. 18:6). Huye a la cueva de Adulam (cap. 22), se separa de todo lo que Dios se dispone a juzgar y reúne a sus hombres fuertes. El comienzo de este capítulo se abre con una escena de lo más miserable: «Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu» (1 Sam. 22:2), se reúnen alrededor de David en la cueva de Adulam; pero entre estos parias encontramos al profeta de Dios [2], al sacerdote de Dios y al rey de Dios: todo lo que Dios poseía realmente estaba allí.

[2] Saúl había matado a los sacerdotes; pero Abiatar, uno de los hijos de Abimelec, había escapado y huido tras David; y, en el versículo 5, encontramos a Gad, el profeta de Jehová, mencionado como presente también.

9 - Siempre depender del poder de Dios

Sigamos a David en su camino. A lo largo de toda la escena, lo vemos dependiendo constantemente del poder de Dios, sin vengarse, sino siempre misericordioso con Saúl cuando estaba en su poder (vean los cap. 24 y 26). Su constante dependencia de la fuerza de Dios es tal que, por muy consciente que sea de su debilidad, cualquiera que sea el reproche que le rompa el corazón, tan pronto como se encuentra en pre-

sencia del poder de la impiedad, reconoce su indignidad; pero aún puede tomar el lugar de la superioridad, al igual que Jacob, al contar toda la miseria de los días y años de su peregrinación, bendice a Faraón. Este hombre débil y miserable se identificaba con Dios, podía mantenerse en una superioridad consciente ante el poder y la gloria del mundo, como siempre hace la fe; y así, en la misma confesión de su debilidad, ocupar el lugar del que es mejor: «El menor es bendecido por el mayor» (Hebr 7:7).

David había llevado una vida miserable y dolorosa por culpa de Saúl; y cuando Abisai le dijo: «Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano», él respondió: «No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente?». Del mismo modo, cuando suplicaba a Saúl: «Juzgue Jehová entre tú y yo, y véngume de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti» (1 Sam. 24:13). Lo mismo sucedió con el Señor Jesús: «Siendo insultado, no respondía con insultos; cuando sufría, no amenazaba, sino que encomendaba su causa a aquel que juzga justamente» (1 Pe. 2:23).

10 - Buscar la gloria de Dios

Y eso es lo que la Iglesia está llamada a hacer ante enemigos que no puede apartar. Si buscamos la gloria de Dios, no buscaremos justificarnos; puede haber súplicas («nos difaman, y rogamos») (1 Cor. 4:13), pero no reivindicaciones arrogantes. Pedro dice: «Si haciendo el bien padecéis y lo soportáis, esto es digno de alabanza ante Dios» (1 Pe. 2:20). Es un principio extraño para todo lo que no es la fe. Pero como santo, no puedo, mientras el usurpador esté en el poder, tomar mi parte (al igual que David no podía tocar al ungido de Jehová); se acerca un «mañana sin nubes», cuando se establecerá el verdadero Rey, y entonces lo tendré: ahora está bien sufrir por ello y soportarlo con paciencia, exactamente como hizo el Señor Jesús; pero con este consuelo: la conciencia de que «es digno de alabanza ante Dios».

Finalmente (cap. 28), Saúl se encuentra en la triste y terrible situación en la que Jehová se ha apartado de él. Llega el día en que debe derrumbarse con la conciencia de no tener la respuesta de Jehová, ya sea a través de sueños, del Urim o de profetas. Todos lo abandonan y se unen al hombre que sufre, que no tenía nada allí. Entonces Saúl cae, Jonatán cae y David toma el reino. Y ahora llegamos a una imagen triste; vemos una línea de conducta diferente en David.

¿Qué marca su confianza como rey en su propia casa? Confía en su propio poder. «Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas» (2 Sam. 7:2); va a construir el templo sin haber recibido palabra de Jehová para hacerlo. La cosa en sí misma no es mala, pero él no percibe la voluntad de Jehová al respecto, porque no lo ha consultado, no se ha puesto a su servicio. Vemos en él la falta de esa referencia directa a Jehová que había marcado tan profundamente su trayectoria anterior [3], confía en su propia fuerza, vive en la autoindulgencia y luego cae en un pecado grave.

[3] Cuando se dispone a traer el arca con el fin de construir la Casa de Jehová, lo vemos recurrir al filisteo, al mundo, en busca de ayuda.

11 - Cuando se instala la voluntad propia, se producen graves consecuencias

La obstinación se instala, seguida de la autoindulgencia; luego viene el pecado manifiesto en el asesinato de Urías y el adulterio con Betsabé; y finalmente la desconfianza hacia Jehová, en el censo del pueblo.

El final de todo esto es la palabra de Jehová a través del profeta, que la espada nunca se apartará de su casa. David es castigado, se le concede el arrepentimiento y el pecado es apartado; pero la espada no se aparta de su casa.

En esta última parte de la historia de David, vemos la consecuencia de la bendición, el resultado de la fe, cuando se utiliza en la carne y para sí mismo. No es que fuera como Saúl, que comenzó en la carne y terminó en la carne, y no fue bendecido en absoluto. Es una hermosa imagen de la fe, un caminar humilde y gracioso, hasta el momento en que es rey en su propia casa. Jehová había dicho: «Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón» (no que su conducta lo fuera, sino «un varón conforme a su corazón») (1 Sam. 13:14); era un hombre piadoso cuya gracia brillaba de una manera encantadora, y al final hay una rica bendición.

Pero vemos al hombre piadoso bendecido, y los resultados de su fidelidad superan con creces la fe que lo llevó a ello. La gracia se manifiesta, y luego hay una hermosa humildad, la gracia más preciosa; pero al mismo tiempo, tenemos en su historia una advertencia solemne en cuanto al resultado de la bendición de la fe siendo dema-

siado fuerte para la fe por la que vino.

12 - La necesidad de la humildad y de rebajarse

La única seguridad para nosotros se encuentra en las palabras a los filipenses: «Haya, pues, en vosotros este pensamiento que también hubo en Cristo Jesús»: descender, descender, humillarse siempre (Fil. 2:5). David fue bendecido tanto como rey, aunque humilde, como cuando era un paria perseguido por Saúl, como una perdiz en las montañas.

13 - El sentimiento de David de la ruine de su hogar

En estas «palabras postreras de David», como hemos visto, hay una profunda conciencia del fracaso y la ruina: «No es así mi casa para con Dios». ¿Dónde encontró descanso el corazón de David en medio de todo esto? En esto: «Sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado, aunque todavía no haga él florecer toda mi salvación y mi deseo».

¿Dónde encuentra la Iglesia su consuelo, sus recursos y su gozo ante la ruina, cuando al mirar su estado actual debe decir: «No es así... con Dios»? ¿Y hay un solo corazón, que tenga el Espíritu de Dios en sí, que no sienta esto, como insatisfecho con el honor que ahora recae sobre la Casa de Cristo? ¿Hay alguno que no se sienta abrumado por el estado de la Casa de Cristo, mirado como quiera que se mire? ¿Puede esto dar gozo y regocijo, o no hay nadie que diga: «No es así... con Dios»?

14 - Tristeza y humillación a causa de la ruina del testimonio

Pues bien, deberíamos sentir tristeza y humillación por ello, aunque todo se convierta en consuelo práctico en cuanto al fin; porque la casa de David será glorificada de nuevo en la persona de Cristo, en medio de la nación ahora “dispersa y desollada”; y estaremos con él en Su gloria, como Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia. Existe un «pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado», en la que nos

mantenemos, una alianza eterna, una alianza establecida antes de la fundación del mundo; y necesitamos esto para sostener nuestras almas.

Pero ¿es el efecto de la seguridad de esta alianza lo que nos hace estar satisfechos con la ruina, satisfechos con la falta de honor que ahora se le concede a la Casa de Cristo? Cuando David sintió toda la ruina de su propia casa, aunque aún podía decir: Un «pacto perfecto, ordenado en todas las cosas, y será guardado», ¿podía estar satisfecho y feliz? ¡Imposible! Ese era el sentimiento de David hacia la casa de David. Lo mismo debería ser para nosotros. Si tenemos el Espíritu de Cristo, habrá tristeza y dolor en nuestro corazón, porque no es así con la Casa de Dios; diremos, después de que toda la manifestación del honor y la gloria de Cristo en el día de su aparición nos haya sido revelada como algo cierto, que lo que ahora debo buscar es su gloria. Por lo tanto, habrá dolor en nuestro corazón debido a su actual deshonra.

Es algo terrible decir: “El pacto me garantiza todas las cosas para siempre, y por lo tanto no me importa la gloria de Cristo ahora”; es como decir que la gloria de Cristo no vale nada. Es prácticamente antinomianismo [4], tanto en la Iglesia como hacer de la gracia de Dios un pretexto para la licencia, aunque sea menos tangible.

[4] En la Iglesia protestante, una doctrina que enseña que queda suficiente bondad moral en el hombre para entender el bien por amor a Jesucristo, sin temor a la Ley y a la Gehena.

15 - La dichosa esperanza: La venida del Señor

Sin embargo, en medio de todas las ruinas que nos rodean, es reconfortante saber que lo que nos espera es una bendición. Necesitamos, para el sustento de nuestras almas, lo que se nos presenta como nuestra esperanza, la venida del Señor. Eso es lo que realmente ilumina nuestros corazones. Es muy importante para nosotros tener algo concreto en lo que nuestros corazones puedan descansar, como un ámbito y un escenario de bendición en medio de nuestras pruebas actuales. ¿Dónde se encuentra la manifestación de un afecto feliz en un individuo? Será en aquel que pueda recurrir a un hogar donde se ejerzan esos afectos felices. Y lo mismo ocurre con nosotros como cristianos; es muy importante que tengamos un ámbito pleno y sin obstáculos donde puedan manifestarse nuestros afectos, y que todas nuestras relaciones sean puras y felices. ¿Dónde está el hombre que, siempre ocupado en limpiar

lo sucio, no se ensucia un poco él mismo? Quiero que mi alma esté a veces completamente ocupada en lo que es bueno; debe centrarse en Dios. Pero Él no se encerró en sí mismo. Siendo amor, salió de sí mismo y se derramó en la comunicación del amor. Debemos procurar tener nuestras relaciones en ese ámbito en el que Dios se convierte en el centro de la bendición comunicada.

Cuando Dios haya puesto todas las cosas bajo el Señor Jesucristo, como Justo, reinando “en el temor de Jehová”, cuando el poder del mal sea quitado, cuando los hombres de Belial sean «todos como espinos arrancados», en la revelación de Jesucristo, entonces los pensamientos del espíritu del Señor podrán ser expuestos.

16 - El Hijo del hombre, el centro de toda bendición

Entonces, también, el Hombre será colocado a la cabeza y en el centro de toda esta bendición, el Hombre como ejecutor testamentario: el Señor Jesucristo. El hombre ha fracasado en cada dispensación de bendición de la mano de Dios; entregado a sí mismo, después de haber visto la gloria, fracasará. Pero el corazón de Dios descansa en la manifestación del Señor Jesucristo, el Hombre infalible, como centro de toda bendición. Cuando él, el Sumo Sacerdote Melquisedec, descienda del cielo de Dios, brillará la plenitud de la bendición. Hay algo que viene del cielo ahora, pero es el Espíritu el que nos hace gritar, conscientes de todo el desorden que hay aquí: «¡No es así mi casa para con Dios!».

Entonces habrá un estado ordenado de bendición en este mundo, un tiempo en el que Aquel que ordena la bendición y Aquel que la comunica descenderán de Dios. Este es el gran carácter de «ese día», la bendición según la voluntad de Dios descendiendo del cielo en la persona del Señor Jesucristo.

Entonces todo toma su lugar en referencia a su relación con el Señor Jesucristo. Si la Iglesia es la Esposa de Cristo, toma su lugar en su propia relación con él como tal. Lo mismo ocurre con Israel: «Habrá un justo que gobierne entre los hombres... Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes, como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra» (2 Sam. 23:3-4). «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra» (vean Jer. 23:5-25). Pero si él reina, nosotros reinaremos con él, como la esposa asociada a su gloria. Israel será bendecido bajo él como su rey; pero él es siempre la «Cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su Cuerpo, la

plenitud del que todo lo llena en todo» (Efe. 1:22:23).

Lo mismo ocurre con los gentiles. Israel será entonces el centro de la bendición en la tierra, pero “en él pondrán su confianza las naciones”. «Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa» (Is. 11:10). «Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado» (Sal. 72:17).

Y más adelante: «Todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él» (Col. 1:16). Él es un «fiel Creador» (1 Pe. 4:19): también es una esfera de bendición que debe reconciliar consigo mismo, en la que debe manifestarse su poder. El dominio ya está en sus manos: «Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra» (Mat. 28:18); pero el poder aún no se ha aplicado. «Aún no vemos que todas las cosas sometidas le estén sometidas» (Hebr. 2:8).

17 - No buscar bendiciones en esta tierra

No nos corresponde buscar la bendición aquí abajo, fuera de la manifestación futura de Aquel de quien proviene la bendición, en la «mañana sin nubes». Mientras no sea eliminado el poder del mal, el efecto de la energía del Espíritu será hacernos gemir y sufrir en proporción. Nuestro gemido, como santos, debería ser siempre el del Espíritu, debido a la santidad de nuestro espíritu, en medio del mal, y no a causa de nuestro propio mal. Así era Jesús: gemía por sus afectos santos, y no por sus afectos impíos. Mientras no se elimine el poder del mal, cuanto mayor sea la energía del Espíritu, más expuesto estará el individuo en quien se manifiesta a la furia de Satanás.

El santo también tiene que lidiar con estos «impíos». La suave mano de la gracia no puede tocarlos; «serán todos ellos como espinos arrancados, los cuales nadie toma con la mano; sino que el que quiere tocarlos se arma de hierro y de asta de lanza, y son del todo quemados en su lugar» (2 Sam. 23:6-7). La cizaña ha crecido entre el trigo (Mat. 13). La gracia no puede quitar la cizaña del campo, ¡la gracia no transforma la cizaña en trigo! Hay que dejarlos «crecer juntos hasta la siega» (v. 30). Luego deben ser recogidos en manojos para ser quemados.

David no pensaba poner orden en la casa, ¡cuando esta había fracasado! Esperaba «la mañana sin nubes», en la que la bendición sería total. Lo mismo debería ser para nosotros. Tomemos a Israel, a la Iglesia, a David, da igual, todos han frac-

sado; “no es así en la Casa de Dios”. El hombre ha fracasado, debe fracasar. Pablo tuvo que decir: «Nadie estuvo de mi parte, todos me abandonaron... Pero el Señor estuvo junto a mí, y me dio poder» (2 Tim. 4:16-17). Dios debe estar en el centro de nuestra bendición. Sentimos que necesitamos algo: la energía luminosa de la fe realiza a Dios; no el derramamiento mayor del Espíritu debido a nuestra fidelidad, sino la plenitud de la fe de Dios a pesar de nuestro fracaso. «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2:13). Pero es bueno para nosotros no solo poder decir: «Fiel es Dios» (1 Cor. 10:13; 2 Cor. 1:18), sino ver cómo nuestros afectos se despliegan y se ejercen en un ámbito en el que todo es una bendición perfecta, verlos comprometerse en cosas que satisfacen su corazón. «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, y no subió al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que lo aman. Dios nos las ha revelado por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, incluso las cosas profundas de Dios» (1 Cor. 2:9). Lo que el Espíritu Santo nos revela es la manifestación y el carácter de la gloria en los cielos y en la tierra, de la que el Señor Jesucristo será el centro y el exponente cuando llegue el momento, cuando vuelva. Es una esfera de gozo, consuelo y descanso para nosotros. Los afectos suscitados por el Espíritu de Dios nunca pueden encontrar descanso hasta que lo encuentran donde descansa su propio corazón. He aquí su centro, su esfera y su descanso, la gloria de Jesús.

18 - Este es su centro, su esfera y su reposo: La gloria de Jesús

El efecto práctico de todo esto en nuestros corazones y conciencias es sumergirnos en la primera parte de la historia de David. En cualquier caso, si somos fieles en la sencillez de nuestra mirada en el campamento de Saúl, pronto nos encontraremos en la cueva de Adulam, compartiendo, como parte de nuestras almas, la comunión en los sufrimientos de Cristo. Allí descubriremos todas las manifestaciones de esos afectos interiores, esos afectos secretos del corazón, que había en David cuando era humilde. Fue cuando David participó por adelantado en los sufrimientos y aflicciones de Cristo en la cueva de Adulam, perseguido como una paloma en las montañas, cuando se vio rodeado de cánticos de liberación.

Que el Señor nos dé la sencillez de visión y, por el poder de su resurrección, nos permita compartir sus sufrimientos.